TRABAJOS DE PREHISTORIA
61, n.º 2, 2004, pp. 63 a 83

TÚMULOS ENIGMÁTICOS SIN OFRENDAS: A PROPÓSITO DE MONTE DEVA V (GIJÓN) Y BERDUCEDO (ALLANDE), EN ASTURIAS

ENIGMATIC BARROWS WHITOUT OFFERINGS: APPROPRIATE OF MONTE DEVA (GIJÓN) AND BERDUCEDO (ALLANDE), IN ASTURIAS

MIGUEL ÁNGEL DE BLAS CORTINA (*)

A Enrique Vallespí

RESUMEN

La simplicidad estructural de dos grandes túmulos y la carencia de ofrendas sintetizan modalidades sepulcrales enigmáticas que, si bien instaladas en la tradición megalítica, podrían situarse en el Bronce Antiguo (Monte Deva V). A su cómoda catalogación como "tumbas pobres" (¿grandes tumbas pobres?) se le debe oponer la plausibilidad de otras opciones.

Construidos por sociedades poco nucleadas, en un contexto de baja densidad demográfica y de limitadas posibilidades de intercambio, es probable que se deban más a una precisa normativa funeraria, cuyas variantes son consideradas, que a razones exclusivamente económicas.

ABSTRACT

The structural simplicity of two large barrows and their lack of grave goods make enigmatic tomb types, that although part of the megalithic tradition, could be located in the Early Bronze Age (Monte Deva V). Their easy classification as "poor tombs" (large poor tombs?) ought to raise the possibility of other interpretations. The barrows, built by poorly nucleated societies in a context of very low population density, and with limited possibilities of exchange, are likely to be more due to a concrete funerary form, whose variations are considered, than to exclusively economic reasons.

Palabras clave: Túmulos enigmáticos. Ofrendas. Megalitismo. Bronce Antiguo. Pobreza. Normativa funeraria. Dispersión social. Economía de subsistencia.

(*) Dpto. de Historia (Prehistoria). Facultad de Geografía e Historia. Universidad de Oviedo. 33071-Oviedo.
Recibido: 19-XII-03; aceptado: 2-VII-04.

Key words: *Enigmatic barrows. Offerings. Megalithism-Early Bronze Age. Poverty. Funerary type. Social dispersion. Subsistence economy.*

INTRODUCCIÓN

La uniforme apariencia externa de muchos de los túmulos del norte de la península ibérica en-cubre filiaciones culturales y cronológicas variadas. Junto a la claridad, siempre relativa, de los megalíticos, coexisten otros, a veces no menos eminentes en el paisaje, cuya estructura constructiva y significado se resisten a una interpretación obvia.

Las excavaciones de Monte Deva, un extenso mirador sobre la bahía de Gijón, la rasa costera y los valles que unen la cuenca central de Asturias con el Mar Cantábrico, nos enfrentan, una vez más, al universo de los túmulos enigmáticos. Uno de tales, Monte Deva V, nos hizo recordar otro gran túmulo apenas conocido, *A Tumba* (Berducedo, Allande), éste ya en las comarcas interiores, de extensas sierras, altas y de relieve envejecido, del suroccidente asturiano (Fig. 1).

Ambos son túmulos voluminosos, aunque de somera composición arquitectónica. Su plausible destino funerario sería fácilmente cuestionable si, a menudo, no se vincularan espacialmente con tumbas megalíticas, aunque somos conscientes de que en el dominio de los suelos ácidos "los muertos son abstracción" (Masset 1993: 135). Concretan, en suma, factores herméticos, reclamando, más allá de un cómodo y, al fin, improductivo acortamiento argumental, una tentativa de interpretación restableciendo, de paso, su dignidad de vestigios de un

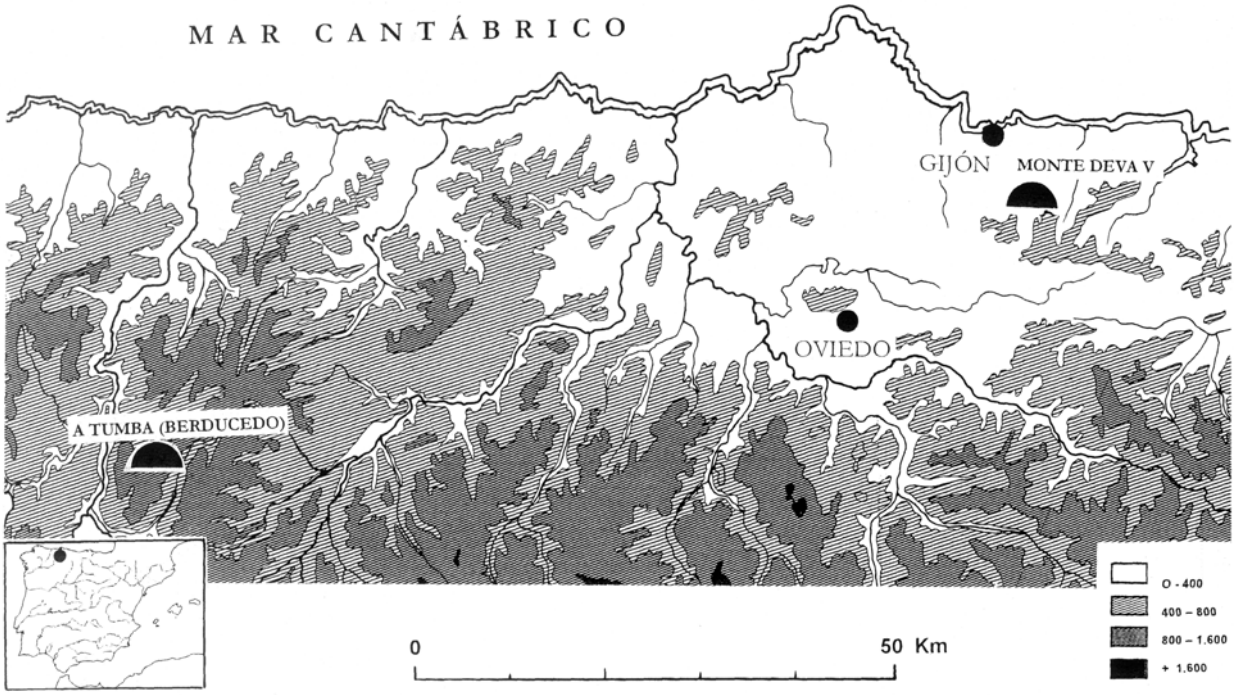


Fig. 1. Localización de Monte Deva y Berducedo, en el centro y oeste de Asturias respectivamente. Dibujo de M. A. de Blas.

acontecimiento intencional, no fortuito, del pasado prehistórico.

EL TÚMULO V DE MONTE DEVA (GIJÓN)

La ciudad de Gijón se instala en un hemiciclo abierto por el norte hacia el Cantábrico. Un amplio arco de sierras prelitorales, prolongadas desde levante a poniente, establece la delimitación de ese territorio bajo, ribereño del océano.

En dos de tales sierras perviven los testimonios más explícitos de época neolítica, consistentes en arquitecturas tumulares que, en parte, armonizan con los atributos genéricos de lo que conocemos como sepulcros megalíticos; otras, de diseño menos inteligible, pueden integrase en el mismo ámbito cultural o, paralelamente, responder a un episodio colateral de la expresión arquitectónica de las comunidades paleocampesinas. Esta dualidad, que parece hundir sus raíces en las centurias postreras del V milenio, fue observada en Monte Areo, la sierra aplanada que delimita por el oeste el espacio gijonés (de Blas Cortina 1999 a y b). Al este, la otra sucesión montuosa que nos interesa, algo más alta que la anterior, acoge también arquitecturas tumulares. Su nombre no puede ser más sugerente: Deva, tomado del mismo hidrónimo (la divinidad acuática céltica que denomina a tantas corrientes de agua europeas ; *Cf:* Holder 1961: S.V.) correspondiente a un pequeño río que nace de la roca, al pie de la sierra, en una llamativa surgencia objeto de veneración remota, acaso ya sentida por los constructores de los túmulos.

Con sus 426 m. de altitud máxima, ejerce Monte Deva un innegable dominio visual sobre la cuenca de Gijón, su tramo costero y el arco orográfico que la circunda, extendiéndose hacia los accesos que comunican este enclave marítimo con la cuenca central de Asturias. Son pues controlables ámbitos de morfología y recursos variados – también a la vista el Monte Areo, centro funerario capital en la zona–, gozando el sector cumbreño de Deva de una perspectiva panorámica que permitiría un detallado análisis territorial cuya potencialidad nos limitamos a consignar.

Entre 1988 y 2002 se efectuaron los trabajos de campo, aplicados sobre varias de las estructuras tumulares allí conservadas y en los vestigios de una cantera explotada por las comunidades prehistóricas para la edificación de algunas de las tumbas en cuestión (de Blas *et al.* e.p.). De entre los túmulos analizados, el reseñado como Monte Deva V resultó de sumo interés pese al carácter oscuro de su

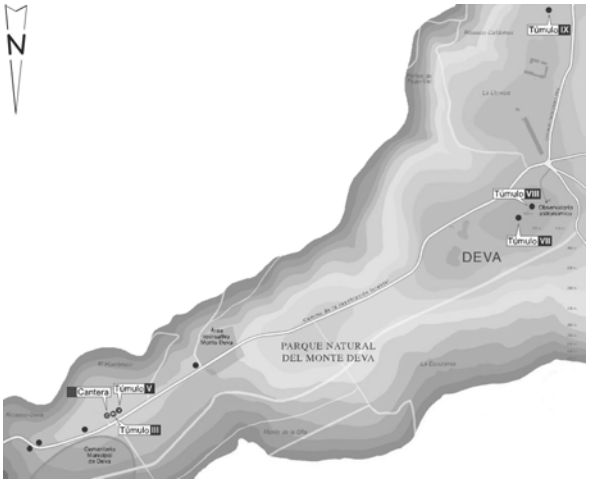
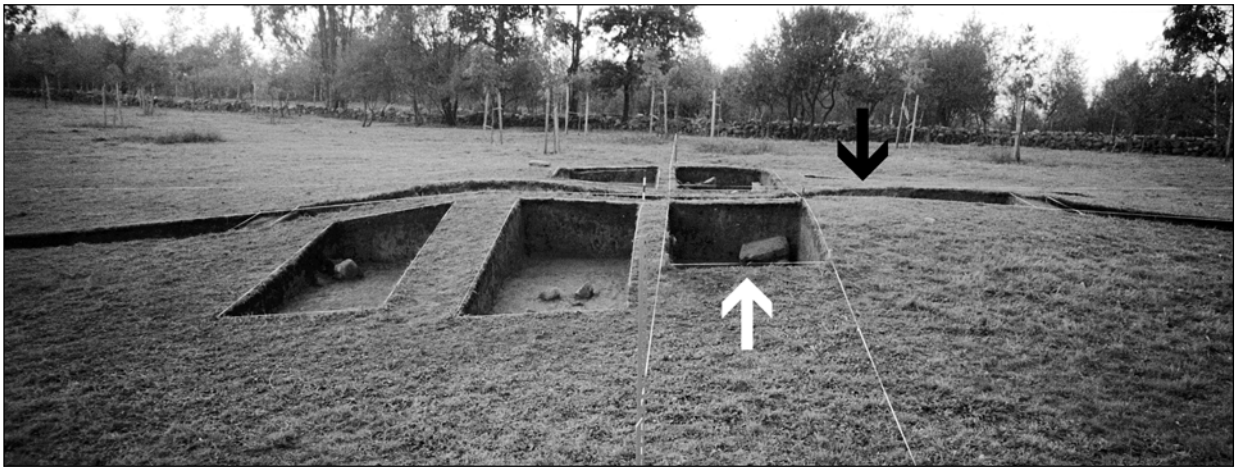


Fig. 2. Localización de los túmulos y cantera prehistóricos en Monte Deva. Nótese la orientación del rumbo norte.

estructura, diseccionada en tres campañas de excavación, labores simultaneadas con las investigaciones en otras zonas de la sierra. El túmulo V se emplaza a solo una treintena de metros al suroeste de otro, Monte Deva III (Fig. 2), una arquitectura de gran porte en la que el montículo constituido por grandes bloques de arenisca encerraba una cámara funeraria abierta parcialmente, a modo de gran cubeta, en la roca madre, y cuyo recinto se completaba superiormente con paredes pétreas. Se ofrecía, en síntesis, como un claro testimonio megalítico, si bien ofreciendo una estructura interna *sui generis*. Los vestigios de las ofrendas aportaron el conjunto de puntas de flechas de retoque plano más notable entre lo hasta ahora conocido en Asturias, productos que, aunque numéricamente limitados, concuerdan con la notabilidad de la tumba, señalando, de paso, que al menos aquella conoció su empleo en un momento neolítico tardío.

Ajeno al patrón constructivo dolménico, Monte Deva V concreta una estructura en la que a la piedra le corresponde un papel muy restringido, debiéndose el montículo tumular, casi únicamente, a la acumulación de arcillas limosas, de tonos rojizos, ocres o amarillentos, provenientes de la alteración del sustrato rocoso local: areniscas jurásicas de composición cuarzo-feldespática. Este rasgo constructivo es llamativo dada la inmediatez, ya indicada, de una cantera.

El túmulo conservaba un tamaño todavía estimable pese a la segura alta incidencia de los agentes erosivos, incluidas las remociones humanas, inevitables en una arquitectura de composición térrea: la planta circular alcanzaba un diámetro de 21 m en el rumbo N-S y una altura máxima de 0,70 m con respecto al sector más bajo de un suelo en plano ligeramente inclinado. La excavación inicial en la campaña de 1999 afectó a una superficie de 68 m², en un dispositivo en cruz a partir de los rumbos diametrales SE-NO y SO-NE (Lám. I y Fig. 3). De esa amplia disección inicial se derivaba la imagen de un dispositivo estructural homogéneo, afectado en el centro por un saqueo denunciado por un cráter de unos 3 metros de diámetro que llegaba hasta el *solum*. El hueco estaba colmatado por sedimentos del propio túmulo. El análisis de la zona destruida no aportó indicios de cámara ortostática, posibilidad muy improbable ya que no fue detectado el menor indicio de bloques parietales, ni tam-



Lám. I. Monte Deva V durante la primera campaña de 1999. La flecha blanca señala la zona de localización del gran bloque de piedra; la negra indica la posición de la estructura de lajas. Fotografía de O. Requejo/C. Arca.

Fig 3. Sectores excavados en Monte Deva V y situación de la estructura de lajas. Dibujo de O. Requejo Pagés.

poco de los pertinentes hoyos de cimentación. La propia entidad del saqueo, de amplitud discreta, en particular en su base, parece excluir la existencia original de un sepulcro dolménico típico, salvo que se tratase de una estructura muy pequeña, sin cimentación en el *solum* y de ortostatos tan livianos como para que pudieran ser retirados sin ocasionar amplios destrozos en todo el sector central del túmulo. Realmente, parece bastante improbable que tales circunstancias hayan concurrido en Monte Deva V.

Así pues, la monotonía de la masa de sedimentos apenas era alterada por la presencia, en principio aleatoria, de algunas piedras a la altura del suelo, en ningún caso sugerentes de estructuras concretas. Un único elemento pétreo resultaba notable en el cúmulo térreo: un gran bloque de arenisca, de volumen paralelepipédico, de más de 0,70 m de largo en su lado mayor (Fig. 4). En varias de sus caras se apreciaba la talla regularizadora; en definitiva, era un cuerpo pétreo solitario, dispuesto en el sector SE del círculo dibujado por la planta del

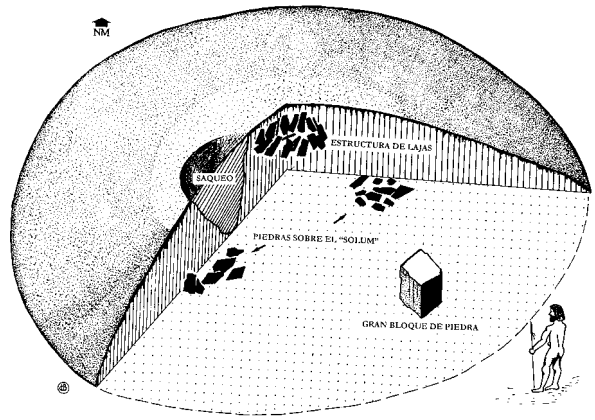


Fig. 4. Recreación libre de los elementos estructurales dominantes en Monte Deva V. La agrupación de lajas se dispone en el túmulo, más alta que el horizonte de base. Dibujo de M. A. de Blas.

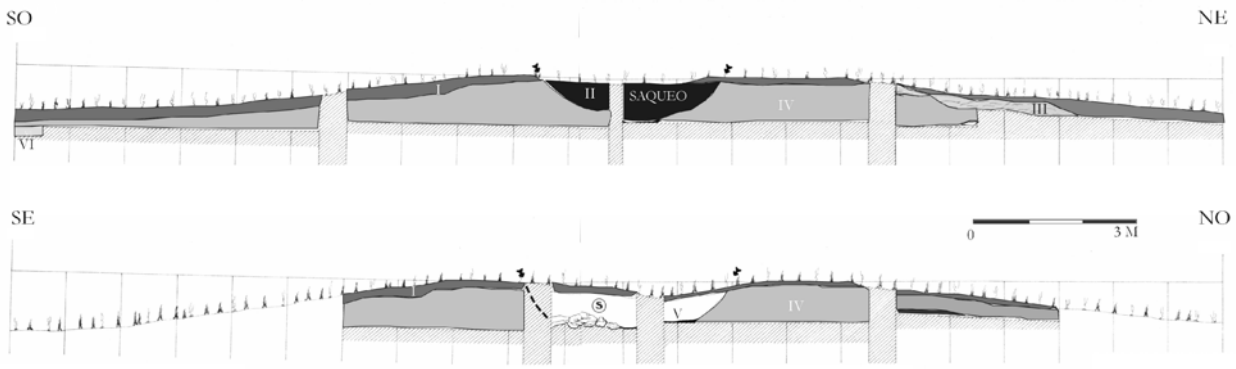


Fig. 5. Lecturas estratigráficas en Monte Deva V. Dib: C. Arca y O. Requejo.

túmulo. No podemos proponer su hipotética interpretación como un bloque-estela, aunque sí afirmar su emplazamiento intencionado, previo su transporte hasta la posición que ocupa, después recubierto por los sedimentos integrantes del monumento. Resulta, en suma, un más que probable atributo estructural del complejo arquitectónico prehistórico, por mucho que hoy se nos haga incomprensible su utilidad o significado.

La matriz sedimentaria es diversa, hecho concordante con la naturaleza material de un montículo surgido del acopio de tierras del entorno. La extracción fue superficial puesto que no se observan zanjas o depresiones del suelo que pudieran delatar una zona única de arranque de la tierra. Ciertos detalles, como la presencia frecuente de indicios de la putrefacción de trozos de *tapín* (tepes), insisten en el desmantelamiento de la cobertera vegetal y de las tierras del suelo contemporáneo para conseguir los sedimentos integrantes del volumen tumular (Fig. 5).

La secuencia de la matriz monumental es, de acuerdo con las indicaciones de los cortes estratigráficos que se incluyen, expresiva de lo comentado:

I. Horizonte vegetal húmico.
II. Sedimento terroso de color marrón oscuro con intrusiones de arcillas amarillas, de estructura heterogénea y revuelta. Corresponde en el sector central del túmulo al relleno de cráter resultante del expolio.
III. Capa de matriz arcillosa color marrón oscuro con lentejones de tonalidad aún más oscura, probablemente debidos a la putrefacción de vegetales, en los que se reconocen fragmentos de tepes.
IV. Matriz arcillosa marrón rojiza con paquetes de arcillas amarillas, junto con pequeños bloques de arenisca amarilla, de lógico aporte humano, además de manchones rojizos y cenicientos también de probable génesis antrópica.
V. Capa de matriz terrosa y coloración gris oscura, casi negra, con alto contenido orgánico, dispuesta entre bloques de piedra. Se trata del fondo del hoyo de saqueo y su formación es posterior a la erección del túmulo.
VI. Horizonte de matriz arcillosa amarilla con intrusiones arcillosas grises: constituye el paleosuelo subyacente a la arquitectura prehistórica.

Otro detalle a consignar es la falta de caracterización, a la altura del paleosuelo, de un claro horizonte de acumulación orgánica, esperable de la putrefacción de la cobertera vegetal primitiva tras su soterramiento por los materiales del túmulo. Tal circunstancia no deja de recordarnos la falta, ya observada en otros, de vestigios del tapiz vegetal que deberían de soterrar (p.e. de Blas Cortina 1992: 121). Esa carencia parece intencional, consecuencia de las ceremonias relativas a la inauguración del túmulo: tal vez la limpieza purificadora del lugar (da Cruz 1992: 64).

La necesaria ampliación en 2000 y 2001 del área excavada permitió identificar, rompiendo con la uniformidad hasta entonces vista en Deva V, una estructura en cierta medida excéntrica con respecto a lo que sería el ámbito central del túmulo. Es probable que tal ubicación provenga de la propia evolución del mismo, desplazada con el tiempo parte de su masa térrea. Gracias a esa excentricidad, accidental o perseguida, la estructura pétrea resultó intacta. Una vez excavada se pudo establecer tanto la disposición original de los bloques y lajas de

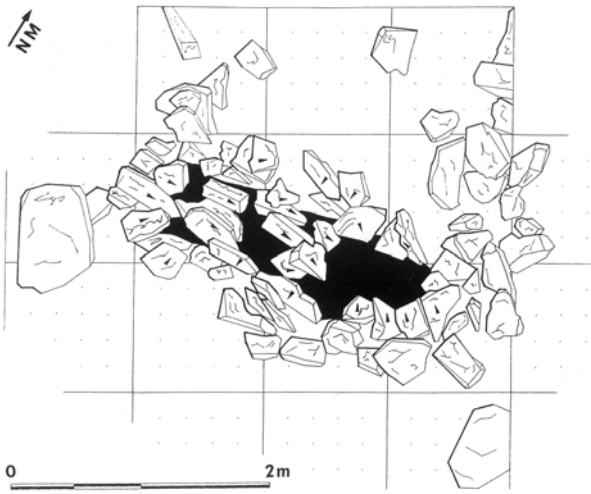
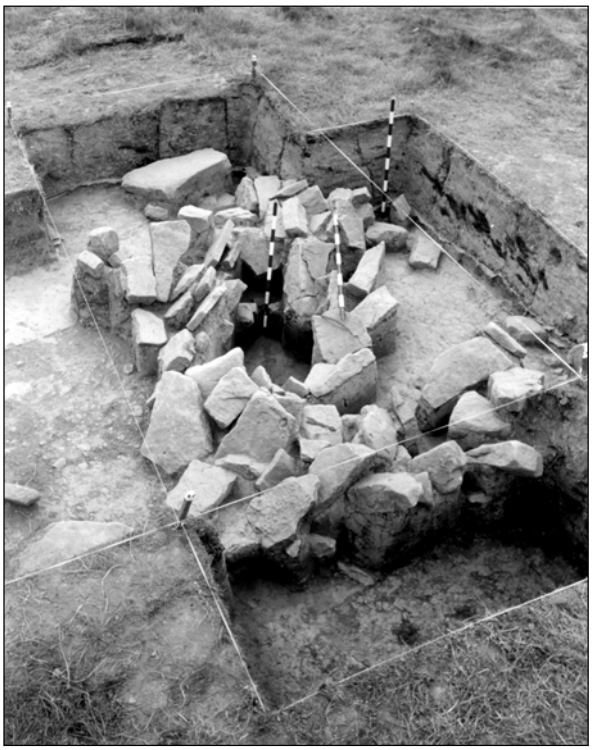


Fig. 6. Monte Deva V: estructura cerrada a base de lajas. Dib: C. Arca y M. A. de Blas.

arenisca que la conforman como el orden, igualmente inalterado, de los sedimentos que la recubrían.



Lám. II. Estructura de lajas de Monte Deva V. La sección visible a la derecha, con manchas negras debidas a fragmentos de tepes, no es la original: corresponde, por el contrario, al relleno de aquella zona tumular excavada en la campaña anterior. Fotografía: M. A. de Blas.

Consistía el dispositivo lítico en un cúmulo de pequeñas lajas de la arenisca local, dibujando una planta subrectangular con su eje en el rumbo E.NE-O.SO. La longitud del conjunto es de 3,30-3,50 m, con una anchura exterior máxima de 1,50-1,80 m y de 0,70-0,80 m en el interior. La planta no es demasiado regular, pero la dispersión periférica de algunas piedras no impide reconocer una forma específica, marcada por las pequeñas lajas que originalmente estarían colocadas sobre los lados menores, claramente erguidas. La planta insinúa, en definitiva, un primitivo receptáculo, suficiente para contener, al menos, un cuerpo humano. Sin explicación segura, acaso por manipulación de la estructura en la época de uso del supuesto receptáculo, aparecen los dos bloques mayores del conjunto en los extremos SO y NE de la misma. Ambos yacen tumbados, alcanzando el del SO unas dimensiones que superan en el lado mayor los 0,90 m (Fig. 6 y Lám. II).

La impresión general que provoca tal acumulación de lajas es la misma que la de cualquier tumba simple. Tras su detenida excavación se mostró, sin embargo, reacia al descifrado incontestable de su cometido: no apareció elemento industrial alguno susceptible de ser aceptado como ofrenda funeraria; tampoco el más mínimo fragmento óseo que confirmara nuestras suposiciones, situación que, por otra parte, se repite lamentablemente en tantas tumbas prehistóricas, empezando por los dólmenes instalados en suelos de alta acidez. Aún con tanta carencia, no parece razonable conjeturar que el cúmulo pétreo descrito responda a razones distintas a las de carácter sepulcral. Morfología, dimensiones y ubicación en el túmulo hablan de ese más que plausible fin, sin que nada aliente una lectura distinta. Es además muy verosímil que, aunque aparentemente lateral, señalara en su época, *grosso modo*, el centro del túmulo, volumen en casquete de esfera que, al fin y a la postre, estaría destinado a ocultar la tumba y, a la vez, a clamar su soterrada presencia. La contigüidad de Monte Deva III, el megalito pseudohipogéico, y de los restantes túmulos en el mismo cordal, no deja de abundar en el presumible carácter funerario de Deva V.

No parece forzada, en resumen, la aceptación de la sepultura; acaso, de uso restringido y único, seguido de su definitiva cancelación por la masa térrea, algo que formal y conceptualmente distingue a Deva III de los monumentos megalíticos convencionales, sin renunciar a los beneficios que se deriven de la inmediatez a los mismos.

"*A Tumba*" de Berducedo (Allande)

El área de Berducedo, en la Asturias suroccidental, se localiza en los tramos superiores del potente sistema orográfico de la Sierra del Palo, inscrito su drenaje hídrico en la cuenca alta del río Navia. Es un paisaje marcado por la altitud, entre los 900 y 1.000 m., y por una extraordinaria posesión visual de las comarcas circundantes: un medio de relieves desarrollados, aunque envejecidos, entre los que se encajan valles profundos. En un territorio tan quebrado es comprensible que buena parte de la red viaria antigua se instalara en las altas planicies inmediatas a la línea de cumbres, obviando la angostura de los valles y las laderas raudas. Constituían precisamente tales corredores serranos la base del sistema de comunicaciones con las comarcas del interior de Galicia y, con una mayor perspectiva, parte fundamental en la estructura de las relaciones interregionales entre el cantábrico occidental y el NO peninsular desde el neolítico hasta la Edad del Bronce y posteriormente, según señaláramos tiempo atrás (de Blas Cortina 1987 y 1991-1992).

No lejos del pueblo de Berducedo, a menos de 500 m en vuelo de pájaro (Fig. 7), sobre una despejada plataforma al NE, conocida expresivamente

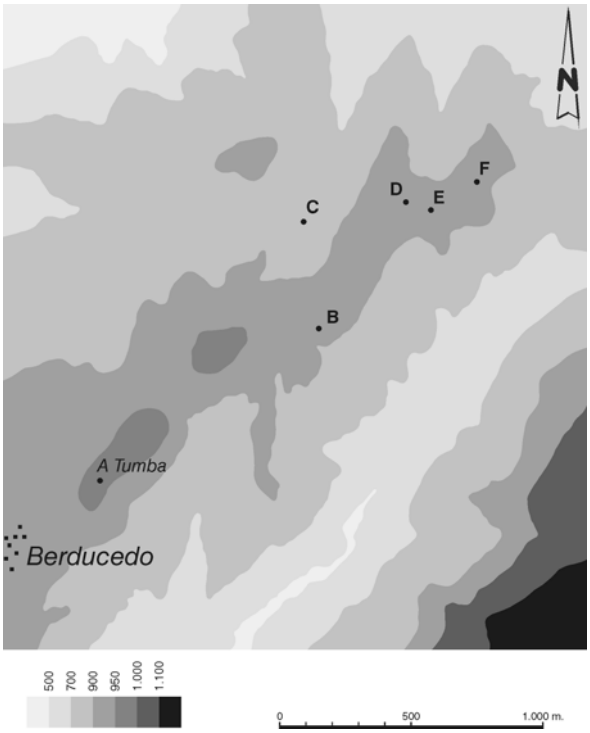


Fig. 7. "A Tumba" de Berducedo y otros túmulos del mismo sector. Dib: M. A. de Blas y J. L. Seoane.

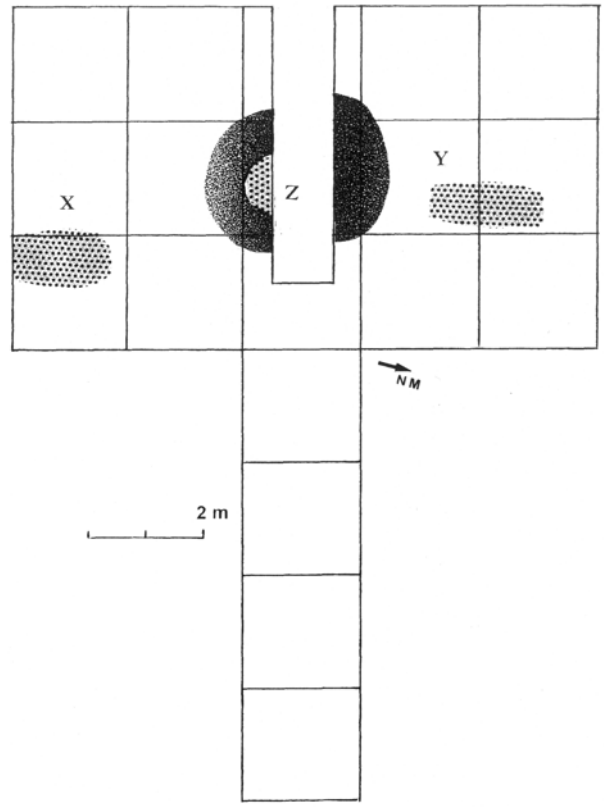


Fig. 8. Área excavada en "A Tumba" en 1974 con la ubicación de las estructuras de piedras (X, Y, Z). Elaborado a partir de las notas de campo de E. Olávarri. Dibujo: M. A. de Blas.

como El Chau (El Llano sería su traducción al castellano), se destaca un volumen en casquete de esfera al que J. M. González identificara como túmulo prehistórico el 25 de julio de 1962 (González 1973: 32). Doce años más tarde, en el verano de 1974, sería excavado por Emilio Olavarri , acreditado experto en arqueología del Oriente Próximo (González Echegaray y Menéndez 1999: 11-13), quien por entonces dirigía el escueto Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la extinta Diputación Provincial de Asturias.

Solitario, en un enclave desde el que se domina un amplio horizonte que en giro completo alcanza a los fronterizos concejos de Allande, Illano, Grandas de Salime e Ibias, manifiesta aún, pese a los efectos destructivos de las diversas roturaciones sufridas, un cuerpo de planta subcircular que Olávarri estimó en 28 m en el diámetro N-S y de 26 m en el E-O. La altura máxima en la época de la excavación se cifraba en 1,65 m. Las investigaciones que en esta edificación prehistórica realizara aquel

arqueólogo, fallecido en 2001, quedaron inéditas, si se exceptúa una breve referencia bibliográfica (de Blas 1983: 77-78 y 245). La información que aquí reunimos procede de las notas de campo de Olávarri, de algunos croquis y fotografías y de la relación oral que él mismo nos hiciera años atrás.

Los trabajos fueron de suficiente amplitud como para dar una cierta solidez a la interpretación de las peculiaridades estructurales del monumento. En efecto, alcanzaban los tres sectores excavados una superficie de 76 m² (Fig. 8) sobre el sector central del túmulo y un amplio corte radial del mismo. En consecuencia, tal método de trabajo no sólo permitía una lectura en varios frentes de la secuencia vertical, estratigráfica, sino también un considerable ámbito de registro horizontal de las estructuras detectables que, como veremos, resultó eficaz.

Como acontece siempre, las excavaciones certificaron varios expolios y también el uso del montículo artificial para el entierro de algún ganado; se infiere tal proceder del encuentro en sus respectivos hoyos de huesos de vaca y équido, vestigios por otra parte ilustrativos de la capacidad destructora de los suelos ácidos generados por un sustrato de pizarras negras, las llamadas pizarras de Luarca, de génesis Ordovícica.

La composición general del túmulo es térrea, con la presencia escasa y desigual de cascotes de piedra, entremezclados con los gruesos aportes de sedimentos. La secuencia vertical descrita sobre el testigo que se orienta sobre el eje E-O. puede ser simplificada en tres episodios:

I. Superficie y sector inmediato con una potencia promedio de 0,40 m con la capa húmica y tierra negruzca muy desagregada. Prueba la incidencia de saqueos y remociones con el arado.
II. El relleno tumular propiamente dicho: grandes bolsas de arena arcillosa en las que de vez en cuando se entremezclan cenizas de origen no establecido.
III. Piso de arcillas amarillentas de alteración de la roca madre (*solum*). En este horizonte de base del túmulo aparecieron depositadas algunas cenizas (sobre las que no se especificó si formaban manchones que permitieran el reconocimiento de fuegos u hogueras..., ni tampoco su número).

El control vertical permitió establecer que el fondo del cráter de expolio no superaba el metro de ancho, mientras que el horizontal pudo aportar elementos de interés que contrastaban netamente con la monotonía térrea de la masa tumular: fueron identificadas tres estructuras determinadas por la acumulación de piedras, dos bien conservadas (las que llamaremos **X** e **Y**) y una tercera (**Z**), bastante alterada (Lám. III).

Lám. III. "A Tumba" de Berducedo en 1974. A la derecha se aprecia una de las estructuras de piedras (Y). Fotografía de E. Olávarri.

La primera, **X**, aparecía no lejos del centro geométrico del túmulo, dentro del cuadrante sur del mismo y dispuesta a unos 0,86 m de profundidad con respecto a la superficie. Consistía en una acumulación de bloques de cuarcita de 0,20 a 0,30 m. de largo, dibujando un perímetro elipsoidal con su eje alineado sobre el rumbo N-S. La longitud del acervo pétreo llegaba a los dos metros, en parte soterrado al coincidir con la pared de la cuadrícula de excavación. Ningún elemento industrial fue descubierto en la estructura, ni tampoco restos óseos (cuestión altamente improbable por la señalada acidez edáfica) o masas cenicientas. Su condición inalterada se deriva de la masa tumular que lo recubría (Lám. IV).

El cúmulo pétreo **Y** es similar al anterior en su conformación y materiales, aunque se ubica en un plano algo más bajo que el **X**. De planta también ovalada, alcanzaba unas dimensiones suficientes para recubrir un cuerpo humano.

Esta última hipótesis, la de que se trate de cúmulos de piedra que recubrirían sendos cadáveres, fue la concluida por Olávarri en sus notas, ante la ausencia de otra alternativa más perceptible. En todo caso, ambas estructuras se hallaban intactas, aisladas en sus respectivas ubicaciones, y sin indicios de que conocieran remoción alguna. Su distinta posición en altura admite la posibilidad de una cierta

Lám. IV. Estructura de piedras (X) "A Tumba" de Berducedo. Fotografía de E. Olávarri.

diacronía, acaso un lapso temporal no muy prolongado entre ambos, supuestos, dispositivos sepulcrales. Se puede admitir la hipótesis de entierros distintos, progresivamente sepultados por el túmulo antes de que se le confiriera su aspecto monticular definitivo. No obstante, este matiz requeriría de unas observaciones sedimentológicas siempre problemáticas que no estaban, desde luego, al alcance de los investigadores de 1974; nos referimos a la posibilidad de distinguir ciclos en la constitución del relleno de sedimentos, de modo que acaso se hicieran disociables diferentes etapas de uso del monumento y, por tanto, de las estructuras pétreas exhumadas.

Poco pueden aportar a las consideraciones precedentes los restos de la estructura **Z**. Localizada en el sector central del túmulo, a una profundidad de entre 0,50 m y 1 m, aparecía desmantelada por un expolio, circunstancia que excluye toda seguridad en atribuirle similitudes con las acumulaciones **X** e **Y**.

Como balance general de sus observaciones, señalaba Olávarri que, en cualquier caso, *A Tumba* nunca habría conocido una cámara central de piedra, al estilo de las típicamente dolménicas, ni cualquier estructura cameral en parte alguna del ámbito indagado en las excavaciones. Estaríamos pues, como en Deva V, ante un túmulo de gran tamaño pero igualmente ajeno a la composición arquitectónica de los sepulcros megalíticos. De aceptar las estructuras descritas como correspondientes a inhumaciones individuales nos hallaríamos ante una preceptiva funeraria que restringe el acceso al interior del montículo sepulcral, destinado solo a algunos individuos. Lamentablemente, no hay dataciones radiocarbónicas de A tumba e ignoramos si se produjo siquiera la recogida de muestras cenicientas.

Como ocurre en Monte Deva V, *A Tumba* no es un monumento aislado y, si bien a una cierta distancia de las mismas, participa en una sucesión de estructuras tumulares que, completando un número de seis, se suceden en zonas dominantes del mismo cordal. Inexcavadas las demás, y en ningún caso visibles los restos de cámaras dolménicas, no hay argumentos para otorgarles una atribución tempocultural genérica. No deja de ser llamativo, sin embargo, el hecho de que *A Tumba* ofrezca las mayores dimensiones del grupo; una vez más, es de lamentar que tanto sedimento analizado no aportara restos instrumentales que sirvieran de orientación.

Pero esta última circunstancia, que no creemos fortuita, nos enfrenta, al igual que en Monte Deva V, a la cuestión de la carencia de ofrendas y a la desproporción entre ese hecho, si se considera como indicio fiable de la escasez de recursos padecida por una sociedad, y la incuestionable inversión energética en edificar grandes túmulos, paradoja que requiere, al menos, una mínima atención.

La cuestión cronológica

En estructuras tan sumarias y sin el apoyo en paralelos fiables, por tanto sin la clara orientación tempocultural derivada de los ajuares, el valor de la aproximación cronológica mediante el radiocarbono es insustituible. La vocación enigmática de Monte Deva V se puso de manifiesto también con la rareza de la materia orgánica capaz de garantizar dataciones de confianza. La búsqueda de muestras concluyó en resultado magro: restos de carbón

vegetal con un grado de confianza no exento de sombras.

A los varios mínimos fragmentos de madera carbonizada hallados en lo que entendemos como ámbito estrictamente sepulcral, la referida acumulación de lajas, les corresponde la fecha radiocarbónica 3580 ± 70 BP. (*Beta – 165947)*, que debidamente calibrada a 2 sigma (95% de probabilidad) arroja el intervalo 2130-1740 *cal. BC.*

Otra muestra, de la misma naturaleza, fue recogida del *solum* sobre el que se levanta el túmulo; por tanto, en posición fronteriza entre la masa arquitectónica y el horizonte edáfico subyacente, resultando su fecha convencional 5070 ± 50 BP. (*Beta-165948*), que convertida en años naturales corresponderían al lapso 3970-3720 *cal. BC.*) (1).

Ciertamente, es muy limitada la utilidad de dos únicas fechas, pero la deseada consecución de un número mayor tropezó, entre otras, con las dificultades apuntadas más arriba. La distancia entre ambas datas las hace, en principio, poco compatibles. Si la primera (2130-1740 *cal.BC.*) pudiera corresponder al agrupamiento de lajas, situándolo en un momento coordenable en el calcolítico avanzado-Bronce Antiguo, la segunda, por el contrario, mucho más antigua si se reconoce como sincrónica de la edificación del sector basal del túmulo, señalaría hacia el primer tercio del IV milenio a. de J.C., época en la que los monumentos tumulares, con o sin cámaras expresas, se hallan en plena expansión en el norte de la Península e, igualmente, en Asturias.

Tal discordancia no plantearía mayores problemas si en la disección del túmulo se hubieran observado indicios del carácter posterior, claramente añadido a la arquitectura primera, de la estructura de piedras. Sin embargo, la homogeneidad del sedimento integrante del montículo artificial, en el sector en que aquella se instala, no ofrece, en una minuciosa percepción visual, la sugerencia de que, en efecto, nos hallemos ante una estructura intrusiva, en neto contraste con la masa tumular preexistente. Otro factor que vendría a respaldar la hipótesis de que agrupación de piedras y túmulo son del mismo momento, y no la suma de acontecimientos estructurales y de uso de épocas distintas, es la posición de aquella en la proximidad del centro del monumento, sin interferirse con cualquier otro dispositivo, ni rupturas en la masa de sedimentos. Incluso, aunque el saqueo sufrido hubiera determinado la desaparición de cualquier otro tipo de estructura inmediata (como una pequeña cámara ortostática), deberíamos considerar la simultaneidad de ambas y no la subordinación temporal de una con respecto a la otra.

Ya en la pertinente toma de muestras de carbón vegetal, siempre en pequeñas fracciones, fue anotada la primera como inserta en el cúmulo pétreo, entre dos de las lajas en posición subvertical que determinan su perímetro, mientras que la que produjo la fecha más antigua procede de la contigüidad del túmulo con el *solum* : entre el nivel IV del relleno tumular y el horizonte de arcillas grises basales que en el orden secuencial denominamos VI.

En realidad VI corresponde al horizonte edáfico A, eluvial o de lixiviación, habiendo desaparecido el tramo superior AO que integraba la capa húmica sobre la que debería de levantarse el túmulo. Tal truncadura del suelo no es fortuita: como ya indicábamos más atrás es un hecho observado en bastantes ocasiones, atribuible a supuestas prácticas rituales como la limpieza del espacio que iría a ocupar la arquitectura. En consecuencia, es inseguro el origen de la muestra a pesar de que su medición radiocronológica arroje una fecha compatible con alguna de las épocas de empleo de la planicie superior de Monte Deva como cementerio megalítico; al fin y al cabo, el pseudohipogeo Deva V, en su momento dotado de un voluminoso túmulo pétreo, se yergue a pocos metros.

Serían bien distintas las circunstancias si las muestras en discusión pertenecieran a materiales asociados de modo inequívoco, huesos, ofrendas o restos del proceso constructivo, con las zonas del monumento implicadas. La señalada proximidad de Deva III y Deva V, y todavía la de un probable tercer túmulo destruido tiempo atrás (Deva IV) podría animarnos, cómodamente, a asignarles un mismo horizonte cultural. Todo ello, aún cuando los monumentos muestren una radical diferencia en su estructura, rasgo que también determinaría diferentes formas de uso. Deva III aprovecha ampliamente la abundancia de piedras en la inmediata cantera, mientras que en Deva V, el túmulo en causa, se desprecia un material tan sólido como abundante y a mano, optando por el empleo exclusivo de sedimentos.

La desigualdad de los modelos arquitectónicos no debería de erigirse, como hicimos notar en más de una ocasión, en argumento definitivo para asignarles distintos ámbitos cronoculturales, del mismo

(1) Corresponde la base de datos en ambas fechas a Stuiver, M. y Van der Plicht, H: *Radiocarbon* 1998, 40(3), pp. xi-xii; y Stuiver, M. *et al.*: *Radiocarbon* 1998, 40 (3), pp. 1041-1083.

modo que es un hecho probado el que megalitos y tumbas posteriores, incluso de la Edad del Bronce, compartan un mismo enclave: el prestigio ancestral determina la longevidad, incluso transcultural, de muchos espacios de uso fúnebre.

No cabría, por tanto, despreciar la hipótesis de que la fecha del IV milenio apuntara a la actividad de gentes neolíticas en la zona implicada, empeñadas entre otras tareas en la construcción de megalitos, con la explotación de la contigua cantera y el arranque de tierras, y que Deva V se debiera a un tiempo bastante posterior. Se nos antoja mucho menos convincente, por el contrario, que el agrupamiento pétreo de Deva, el verosímil recinto sepulcral, fuera de época megalítica, y que la muestra con fecha 2130-1740 *cal. BC* se hubiera filtrado hasta el mismo, llegando al lugar recóndito, entre dos lajas, donde fue hallada.

Siendo pues posibles ambas opciones, entendemos más convincente la primera que la segunda, demasiado forzada esta última aunque se le prestara especial atención a la incontrolable complejidad de los procesos edafogénicos. En consecuencia, y sin que debamos alinearnos de modo categórico con ninguna de las dos alternativas, no cabría proponer que la probada multiplicidad formal de los túmulos de época megalítica comporte el alegato incuestionable en contra de la longevidad y naturaleza pluricultural de las construcciones tumulares que, además, con frecuencia comparten el mismo emplazamiento.

Un último apunte merece consideración: que se deba a las remociones sufridas por el megalito Deva III la fecha, con una probabilidad del 95%, 1885-1490 *cal.BC.* (*Beta-125598*), data que acaso denunciara intervenciones en el dolmen durante el Bronce Antiguo, tal vez de la misma autoría de quienes determinaron construir, con pautas ya bien distintas, el hermético túmulo que se viene considerando.

Por lo que se refiere a la supuesta, por verosímil, dedicación funeraria del recinto de lajas, no sabríamos como contraponerle objeciones de peso o nuevos argumentos a los ya ofrecidos más atrás. Tal estructura no es fruto de la casualidad, resultando demasiado arbitraria cualquier otra misión que pretendiéramos asignarle. Desde luego, no contamos con el apoyo de los despojos esqueléticos; en caso contrario sería ocioso todo lo dicho. Exagerando las posibilidades especulativas, ni siquiera los huesos tendrían que deberse irremediablemente a una práctica sepulcral, cabiendo otras razones. Pero si la ausencia de restos óseos constituye la negación radical de la finalidad tumular, entonces deberíamos revisar todo lo escrito sobre la función sepulcral de tantos dolmenes: esa lamentable carencia testimonial es no sólo común en Galicia y Asturias; acontece, recordémoslo, en la mayoría de los excepcionales megalitos bretones.

Sea como fuere, otra sensible falta, la de toda clase de elementos industriales no corruptibles, y alguna circunstancia más, reclaman a partir de aquí nuestra atención. Monumentalidad arquitectónica y ausencia de ajuares sustancian un declarado contraste que requiere, al menos, un intento de explicación: la discutida posición cronocultural de Deva V y Berducedo no debiera de plantear, en todo caso, graves impedimentos a su búsqueda.

La falta de ofrendas: opciones alternativas a la impresión de pobreza material

A. Una modalidad tumular como la que nos ocupa, planteada y resuelta con una movilización de recursos de innegable consideración, no parece que guarde concordancia con la falta de ofrendas. Es de entender que ante tal carencia se concluya en la pobreza del grupo social autor y usuario de la tumba; al fin una valoración tan cómoda como acaso imprecisa. Habría que considerar, al menos en términos de valor material, si la medición de la riqueza únicamente puede ser efectuada a partir de los objetos hallados, haciendo abstracción de la entidad y características del continente que los encierra (o pudiera haber encerrado).

La construcción de túmulos como Deva V o "*A Tumba*" de Berducedo no hubiera requerido, parece probable, la concurrencia de un gran número de personas. Es, en efecto, una fórmula constructiva en la que el trabajo sumado de pocos individuos permite alcanzar una gran entidad: el túmulo como la repetición del acto sencillo de arrancar tierras, transportarlas y acumularlas. Obviamente, es bien distinta la cuestión cuando se trata de manipular lastras de gran peso: entonces el trabajo sólo es practicable mediante la conjunción de muchos brazos. La necesidad de colaboración y apoyo es así distinta en ambos casos: un túmulo térreo estaría, en principio, al alcance de cualquier pequeña comunidad, con el imperativo de que la misma fuera capaz de disponer del tiempo y de la energía suficientes.

Nos conduce este razonamiento a la estima de la ecuación tiempo-trabajo dos o tres milenios antes de Cristo. Es orientadora al respecto la elaboración

de hojas de hacha de extremado pulimento. Su perfección artesanal implica un seguro valor añadido al acto, en principio mucho menos exigente, de la confección de un utensilio común, lo que a la postre haría del producto final un bien sumamente apreciado. Tal estima resulta inseparable del empeño laboral durante bastante tiempo, aún cuando aquella ecuación contara de forma muy relativa en las sociedades primitivas. Como observa Godelier, la palabra trabajo es desconocida en muchas lenguas en las que "no existen las representaciones a que corresponde"; además, en las sociedades arcaicas de ganaderos y agricultores el individuo es también un medio de producción al que se le agregan los utensilios (Godelier 1990: 109 y 172). La cercanía entre hombre e instrumento ("una extensión artificial de la persona"; Sahlins, 1974: 88), le otorga una especial dimensión a este último, mientras que el factor tiempo (el invertido en una operación determinada) resulta inconcreto. Esta factor, en su relación con la actividad humana sólo se asentaría cuando la fabricación de un producto pudo ser referida a magnitudes temporales bien definidas, de ahí que la idea de productividad resulte desconocida antes de la invención del reloj. No es pues extraño que las labores fueran independientes del tiempo preciso para su ejecución, un acontecer todavía ordinario en la vida campesina tradicional (Landes 1999: 60; Pounds 1992: 266-273).

No se deriva de lo antedicho que el valor del trabajo, junto con el del tiempo ocupado, no subyazcan en el aprecio que un bien hubo de gozar, de modo que su intercambio dependiera de una buena compensación, a veces en productos raros, por lo que, de una u otra manera, al final llegaban a adquirir un cierto *valor de cambio*. Tras el trueque, y ya en el interior de cada sociedad, se manifestarían esos artículos como *objetos para dar o distribuir* en el ámbito de los complejos procesos sociales de parentesco, producción y poder (Godelier 1974: 269-271). En otras palabras: pese a la distancia conceptual señalada, el trabajo es dimensionable en toda sociedad por muy arcaica que parezca; no en vano constituye un acontecimiento de la experiencia común.

La edificación de un túmulo voluminoso implica operaciones diversas: preparación de instrumentos para cavar, de palas y útiles de carga, de recipientes y soportes para el transporte de los sedimentos y piedras, de cordajes..., además del esfuerzo invertido en la fase estrictamente constructiva. En definitiva, el trabajo resulta por su amplitud un desencadenante de relaciones sociales, "de parentesco y comunidad" (Sahlins 1974: 127), que lo atraviesan y superan; de tal trabazón social dependen, al cabo, sus condiciones concretas y, por ello, sus resultados.

En túmulos como Deva V y "*A Tumba*" de Berducedo, la falta de ofrendas acentúa, para percibir su sentido, la necesidad de valoración del continente sepulcral: que, aunque estructuralmente simple, hubo de requerir un cierto un tiempo para su erección, lo que significaría, como en los productos artesanales prestigiados, una cierta expresión de su importancia. Ofrendas y túmulos conllevan un consumo de energía; ambos, objeto y tumba, también atenderían, más allá del primer nivel utilitario, a la satisfacción de fines como el prestigio personal o de grupo, o a la de otras intenciones de naturaleza múltiple (determinación de un ámbito de ratificación de los vínculos sociales, de configuración jurisdiccional de territorios: Fleming 1973; Bradley 1984; Earle 1991), entre tantas del extenso catálogo de la teorética arqueológica de los últimos lustros. Hay un evidente acuerdo en que la función de los muertos en la profundidad de sus tumbas no es ajena a la determinación de un anclaje para cada grupo humano, asegurándole estabilidad en el espacio y continuidad en el tiempo (Vernant 1982: 8-9).

Toda arquitectura es, en efecto, creadora de espacio y de relaciones espaciales, y a ella se debe acceder por una doble aproximación: la interior y la externa. El lenguaje arquitectónico sólo puede ser comprendido si se asocia con el contexto cultural que lo produce y del que se infiere la jerarquía de normas y valores. En el caso de la arquitectura primitiva su significación total y específica no aparece fundida únicamente con la realidad constructiva, sino también con las interpretaciones que sobre la misma idearan sus constructores y destinatarios (Guidoni 1980: 16).

De acuerdo con tales postulados, el exterior del túmulo, su apariencia monticular, no sería indisociable de su interior (por muy discreto estructuralmente que este se ofrezca), ámbito que, además, permanece oculto y desconocido para un observador no iniciado. No parece pues que haya una razón terminante para que la ausencia de ajuar –de algunas sencillas puntas de flecha o de otro instrumento cualquiera de piedra–, debiera de ser mecánicamente justificada por la escasez y carestía de los recursos materiales; quizá resulte más conveniente atender la sensata observación de que "la apariencia de los hechos no revela su esencia" (Godelier 1990: 156).

Sin duda, un campesino prehistórico, también un cazador o guerrero, por muy parcos que fueran sus medios materiales usaría y perdería un número considerable de flechas, de calidad desigual en materia y talla, a lo largo de su vida activa. Si, como vienen a sugerir sus estructuras, los túmulos V de Monte Deva y "*A Tumba*" fueron creados para la deposición de algún cadáver o, en todo caso, de un número reducido de restos humanos (en situaciones semejantes la microquímica y la micromorfología, no siempre accesibles, tendrán mucho que decir en el futuro), la falta de un mínimo ajuar resulta cuando menos reseñable: cada gran tumba y el esfuerzo invertido en su construcción parecen denunciar un destino concreto, relacionable con posiciones de jerarquía o con un estatus social prevalente. Sin embargo, con un proceder rutinario, suele aplicárseles la calificación de tumbas pobres, lo que incorpora la imagen de sociedades marcadas por la penuria material. Pero la realidad de un trabajo adicional en los túmulos, el esfuerzo de "casi todos para unos cuantos", no deja de traslucir, asunto en el que abundan las referencias etnográficas, el disfrute de los recursos comunitarios por una cierta "aristocracia" que se apropia de diversas facetas rituales, entre otras la de la comunicación (en la órbita de lo funerario) con los antepasados (Godelier 1990: 144).

Es bien cierto que, desde el momento en que las sociedades neolíticas deciden canalizar sus prácticas mortuorias hacia la edificación de túmulos y dolmenes, la composición de los viáticos fúnebres muestra situaciones de neta desigualdad, al menos bajo la óptica del registro arqueológico. También lo es en bastantes casos que un dolmen de cámara desarrollada y túmulo voluminoso exhiba todavía vestigios de ajuares cuantiosos. Un testimonio del noroccidente ibérico se ofrece elocuente: el dolmen de Galisancho (Salamanca) conservaba, pese a los saqueos, unas 40 hachas pulimentadas, 200 puntas de flecha, más de medio centenar de láminas de sílex, unas 2.000 cuentas de collar de variscita y esquisto, numerosos fragmentos de vasos cerámicos, etc. (Delibes y Santonja 1986: 75). Ocurre algo parecido en otro sepulcro también salmantino, el de La Veguilla, muy expoliado aunque aportara un buen repertorio industrial (Soler Díaz 1991) del que una gran parte (196 puntas foliáceas o 26 hojas pulimentadas de hacha y azuela, además de elementos singulares, como 86 prismas de cristal de roca) se acomoda a las categorías *ajuar funerario personal* o *ajuar cúltico* (Andrés 1998: 180) y no a la de *pseudo-ajuar*: los útiles de trabajo u otros materiales presentes en la tumba por razones ajenas a la estricta práctica sepulcral.

Por otra parte, aparecen estos megalitos salmantinos en número discreto, sin los cuantiosos agrupamientos que túmulos y dolmenes muestran en otras áreas noroccidentales como las Beiras portuguesas, distintas comarcas de Galicia y Asturias, y en general, en toda la Región Cantábrica, no olvidando que en esos territorios hubo también de dejarse sentir la acción destructiva de las sociedades posteriores. Los de Salamanca de "ricos" ajuares se ubican, no por casualidad, en medios abiertos, de suelos aptos para el beneficio agropecuario: un ambiente calificado genéricamente de "fondo de valle" (Delibes y Santonja 1986: 135 y 136) en el que las grandes tumbas actuarían como elementos rectores del paisaje paleocampesino. Todo habla en ellos de capacidad de acumulación de objetos rituales, verificada tanto a causa de la reiteración de los entierros en el mismo recinto durante mucho tiempo (piénsese en la ampliación de la cámara de Galisancho con la apertura en el suelo de una amplia fosa circular), como a una modalidad del poblamiento más nucleada que la imaginable en territorios montañosos y de menor rentabilidad agrícola. En suma, una acumulación que alude a positivos rendimientos agropecuarios –y por ello al intercambio de excedentes por bienes como armas, piedras de calidad, etc.–, y a un cierto aglutinamiento del hábitat.

De manera bien distinta, en buena parte de las tierras ribereñas del Mar Cantábrico imperaría el poblamiento diseminado y de baja densidad (de Blas Cortina 2000). La región, dotada de un acusado desarrollo orográfico, presenta a menudo un terrazgo discontinuo, con retazos repartidos entre los valles y ciertas áreas cóncavas de las laderas, sometido además al régimen de barbecho que dio lugar a la pequeña aldea de elementos disociados (García Fernández 1975: 33-36), modalidad que, aunque de conformación histórica y determinada por los intereses de la oligarquía terrateniente (García Fernández 1980: 61-69), no se contradice con la que sugiere la documentación arqueológica para los milenios preliterarios. Habrá que llegar a las postrimerías de la Edad del Bronce y a la Edad del Hierro para que en ese espacio se visualice un hábitat agrupado cuya imagen es la de los *castros*, fortificados con murallas y fosos.

La endeblez de los restos de hábitat asociables a las áreas de concentración de túmulos y megali-

tos en la Iberia Húmeda, o el casi total desconocimiento de los mismos, no dejan igualmente de oponerse a lo que se pueda observar en las tierras de Salamanca consideradas, donde, al menos, se constata la realidad de poblados en la proximidad, siempre relativa, de los dólmenes. Allí, la amplitud del terrazgo y su más fácil acceso en un medio de más discretos contrastes topográficos, son factores propiciatorios de la concentración del poblamiento.

En fin, si la relación monumento-ajuar resulta compleja e irregular, según diversas circunstancias como las apuntadas, conviene atender otras opciones interpretativas de la falta de ofrendas en tantos túmulos, sin que haya que resignarse a la aceptación, absoluta, de la pobreza como causa inapelable.

La pobreza es una condición relativa sólo aplicable con respecto a quién o a qué características socioeconómicas dominantes. Lo que en una sociedad resulta pobre en otra es más que suficiente o incluso hasta podría entenderse como abundancia (Casado 1971: 23); además, la determinación de la pobreza basada en la desigualdad es un concepto propio de las sociedades estatales. En cualquier caso, debiera ofrecer como rasgo necesario una acusada escasez material: la miseria. En poblaciones poco relacionadas, la adscripción a un determinado estatus (como el de pobreza) se produciría casi siempre en la dimensión local (Casado 1971: 23), ámbito en el que las comparaciones resultan pertinentes. Así pues, pobreza se define culturalmente y, por tanto, no puede ser calibrada según un nivel de privación universal, dependiendo en cada caso de la consideración de qué es lo imprescindible (Giddens 2002: 399-400): las necesidades de subsistencia son, a la postre, un producto social. La privación real, de alimentos, cobijo, tiempo de ocio..., es únicamente mensurable en concierto con las expectativas culturales de cada sociedad y en su tiempo.

Nada nos conduce, tras los presupuestos enunciados, a imaginar situaciones de verdadera penuria en los constructores de los túmulos que estudiamos, por lo que la adjetivación de pobreza debe ser sometida a las cautelas expresadas, y únicamente resultaría de atribución en sus mismas coordenadas regionales y cronoculturales; nunca proyectada sobre realidades distantes y ajenas.

La proximidad del mar en Monte Deva, con espacios de playa, ría y acantilados, de bajíos en los que desembocan distintas corrientes de agua dulce (fue tal la geografía del territorio de Gijón), compone un medio de gran diversidad biológica capaz de ofrecer considerables recursos: pesca, marisqueo y captura de aves en el borde costero, mientras cerca de este se extienden los sedimentos cuaternarios, tan aptos agrícolamente, y el ámbito serrano y forestal adecuado para la caza, la recolección vegetal y el pastoreo. En Berducedo, y pese a la altitud de la zona, las extensas planicies propias de una gastada orografía ofrecen tierras cultivables a expensas de amplias manchas de sedimentarios de origen pleistocénico (I.G.M. *Mapa geológico de España*. Hoja 50[10-5], 1978) y extensas áreas de pasto, además de un denso bosque, arraigado en las laderas que bajan a valles encajados y sombríos. Tampoco hubo de ser, en definitiva, un medio hostil económicamente, de bajo rendimiento en un modelo de subsistencia que hiciera compatibles los beneficios agropecuarios con una provechosa persistencia de las actividades venatorias y recolectoras.

En tales condiciones no cabría rehusar una cierta capacidad de acumulación de excedentes en las poblaciones que mediante los túmulos afirman su vínculo con aquellos territorios. Tal posibilidad no se contradice, sin solución, con la realidad de un hábitat disperso y una economía autárquica: en todas partes hay excedentes potenciales disponibles; lo "esencial son los medios institucionales para materializarlos" (Pearson 1976: 385). Ahora bien, en un ambiente en el que el hombre produce sus alimentos y crea su equipo básico, la cantidad de excedentes que necesita para obtener otros bienes del exterior será siempre limitada (Godelier 1976: 266). Como es razonable, la capacidad de trueque depende de que las sociedades implicadas en el mismo ofrezcan productos distintos, puesto que la uniformidad de lo producido resta incentivos a la acumulación (Sahlins 1977: 123; Gluckman 1978: 32 y 93-100). Pese a tal coyuntura, el acopio excedentario puede producirse, apenas sin más estímulos, gracias a la bondad de las condiciones naturales. En tales circunstancias, de economía cerrada pero provista de excedentes difícilmente intercambiables, el acopio puede propiciar actuaciones extraordinarias como la creación de un "fondo ceremonial" que permita, pongamos por caso, la erección de arquitecturas costosas.

En suma, túmulos como Monte Deva V y "*A Tumba*" de Berducedo, aunque carentes de ajuares, significarían un modo de exhibición de posibilidades materiales, de una cierta riqueza sustanciada en la construcción monumental, acontecimiento que en su trasfondo social desencadena la serie de funciones ideológicas, jurisdiccionales, etc. que recor-

dábamos más atrás y que no dejan de tener vigencia en otros ciclos históricos, incluso próximos. Los cementerios construidos a lo largo del XIX en las ciudades españolas fueron pronto un buen escenario de "representación social". Lo que no era posible, por razones de espacio, en las criptas eclesiales o en los pequeños cementerios adosados a los templos parroquiales, lo sería en los más capaces cementerios públicos: los mausoleos constituían una manifiesta imagen pública de estatus (Quirós Linares 1991: 141-142). Anotemos que la monumentalidad de esa tumbas burguesas no implicaba que los difuntos contaran con la compañía de valiosos viáticos mortuorios.

B. Tampoco parece desechable, bajo otro enfoque, la consideración de un proceder funerario en el que fueran excluidas las ofrendas. Desde luego, tal actitud no se concilia con lo constatado, aunque sumariamente, en el vecino megalito Monte Deva III, o en otros túmulos de la costa central de Asturias, tanto los provistos de cámaras ortostáticas (monumentos VI, XV, XVI y XXII de Monte Areo; La Llaguna C o El Cantón), como los de estructura diversa, carentes del clásico recinto dolménico (Monte Areo V o La Llaguna A y D) (de Blas Cortina 1999 y 1995 a). En todos ellos sufrieron sus ajuares la merma derivada de los saqueos; sin embargo, no es ese el acontecimiento reseñable en Deva V, cuya estructura pétrea estaba inviolada.

En los túmulos megalíticos y posteriores cantábricos es también común la ofrenda, siempre discreta, de hojas pulimentadas de hacha y azuela, láminas de sílex, microlitos geométricos o puntas foliáceas de retoque plano; elementos presentes a lo largo de un tiempo dilatado, con lógicos cambios tecnomorfológicos, entre fines del V hasta bien entrados en el III milenios a. de J.C.

Observando la variedad ritual asociada a los túmulos, según fases y áreas culturales, se descubren igualmente prácticas multiformes; la retirada de las ofrendas (constatada, en particular, con el detallado análisis del dolmen MVI de Petit-Chasseur; Bocksberger 1976: 156), acaso sea consecuencia de la clausura expresa del recinto sepulcral, acto que a menudo confiere a los túmulos su forma definitiva. Nos referimos, claro está, a la llamada "condena" de las tumbas, fenómeno que se viene detectando desde hace varios lustros (Leclerc y Masset 1980), y que nosotros percibimos en algunos túmulos de la Asturias central de fecha temprana, fines del V a inicios del IV milenios a de J. C.: necrópolis de Monte Areo (Carreño) y la Llaguna de Niévares (Villaviciosa), ambas en la comarca costera del entorno de Gijón (de Blas 1992, 1995 a, 1999 a, b y c).

Retirados los ajuares, destruidos o no depositados, lo cierto es que no todos debieron de contar con oblaciones, individuales o colectivas, y es improbable que los saqueos determinaran su desaparición, en particular cuando buena parte son inadvertibles o carentes de valor (geométricos, pequeñas láminas de sílex...) para los buscadores de tesoros. En el cantábrico, la ya amplia experiencia en arqueología funeraria en un marco físico muy concreto, el de las cuevas, no deja de alentar la idea de la ausencia normativa del viático mortuorio (Armendariz y Etxberría 1983: 340-341). Alguna reciente y detallada observación puede venir en apoyo de esta conclusión: la inhumación primaria, neolítica (fines del V milenio a. de J.C. en fechas calibradas), descubierta en la gruta vizcaína de Kobaederra, no ofrecía el menor rastro de ajuar. Por otra parte, ciertos indicios en el proceso de carbonatación del lecho sedimentario que la acogía permitieron suponer el uso de materiales orgánicos hoy desaparecidos, acaso madera, pieles, corteza de árbol o cestería; en fín, una materia putrescente constitutiva del contenedor del cadáver (Ibáñez *et al.* 1999). Del mismo modo, también cabría la presencia original en el entierro de otros objetos corruptibles.

En el caso de nuestros túmulos cabría pensar en vestigios rituales remanentes en los sectores no excavados. Si así fuera, aunque nunca nos tropezamos con ellos, deberían ser reconocidos como elementos cultuales periféricos –los *mobiliers rituels* en términos de A. Gallay: ofrendas dedicadas al conjunto de la tumba, en ocasiones cuando la fase funeraria había finalizado (Gallay 1987: 22)–, puesto que la focalidad de la disección arqueológica nunca desatiende, con independencia de la amplitud de lo excavado, como en Monte Deva V, los sectores centrales, críticos, del edificio monumental.

C. Requeriría también atención, tras lo comentado, la hipótesis de los viáticos perecederos: una opción tan verosímil como difícilmente comprobable, a no ser que medien factores excepcionales, el primero de tales la baja acidez de los suelos, justamente lo contrario de lo que sucede en Monte Deva o Berducedo. No es insólito que en ciertas sociedades primitivas la acumulación de bienes lograda por sus jefes radicara en aquellos de naturaleza perecedera como mantas y pieles (Herskovits 1954: 241),

riquezas que muy rara vez dejan huella arqueológica. Tales situaciones no nos son demasiado ajenas: en la Praga del siglo X se utilizaban para pagos corrientes trozos de un tejido "finísimo", sobre el que se calculaba el valor de cualquier objeto (Spufford 1991: 101).

Si se toman como documento para entender los ajuares mortuorios convencionales las puntas de flecha, hay una vasta documentación etnográfica que acredita la frecuencia y universalidad de su confección con materiales orgánicos (Leroi-Gourhan 1973: 64; Valdés 1977: 20). Las puntas de hueso y marfil, por ejemplo, abundaron tanto entre los esquimales como entre los indios de la costa NW o los sioux, al igual que las flechas rematadas por una cabeza hiriente de simple madera (Miles 1986: 20-29).

Estos, y tantos otros testimonios, perderían fuerza sino dispusiéramos de estrechas similitudes en la Prehistoria europea. Las más expresivas suelen proceder de los poblados lacustres de la periferia alpina (Petrequin y Petrequin 1988: 37-38). Flechas de hueso, asta y madera atendían distintos usos, desde las más potencialmente hirientes hasta las más livianas para el abatimiento de aves. Fueron precisamente puntas de asta de ciervo las que portaba en su carcaj el "hombre de Similaun" (Capasso *et al.* 1999: 454), recurso ya común en el mesolítico con un solvente registro en contexto, una vez más, palustre (Clark 1975: 126). Lamentablemente, tal clase de yacimientos es casi ignota en la dilatada Iberia, con alguna salvedad como el neolítico de la Draga (Gerona): allí un notable instrumental en madera incluye varias flechas, si se admiten como tales las varillas de boj, sauce o avellano, dotadas de una punta resistente que tal vez hiciera innecesaria la inclusión de armaduras líticas (Bosch *et al.* 1999: 319).

Al sur de los Pirineos son bastante mejor conocidas las puntas de hueso, en contextos que van del campaniforme al Bronce Medio. Como artículo funerario se encuentran en sepulcros de inhumación múltiple como el túmulo riojano de La Atalayuela (Barandiarán 1978), o en megalitos como el alavés de El Sotillo, o los navarros de Sakulo y Mina de Farangortea (Maluquer 1964: 20 y 33). Sin embargo, en la región cantábrica es preciso un contexto cavernario, con sedimentos calcáreos, para que se preserven objetos de naturaleza orgánica, circunstancia infrecuente en los túmulos y megalitos regionales, en su mayoría sitos en suelos de alta acidez.

Hay otros indicios que nos reafirman en la cautela ante la indetección de objetos poco prescindibles en la vida cotidiana. La rareza en el cantábrico, casi extrema, de los habituales "dientes de hoz", con su característico lustre de corta, favorece la consideración del empleo alternativo para la recolección de cereales de aperos sin filo lítico, acaso próximos a "*les mesories*": una gran pinza de madera que todavía se utiliza en las montañas de la Asturias central . Algo tan elemental permite la separación de las compactas espigas de escanda y, en consecuencia, la cosecha sin corta; instrumentos muy parecidos tuvieron también vigencia en el Nepal y en el entorno del Cáucaso (Ibáñez Estévez *et al.* 2001).

En fin, la importancia de la madera en el equipamento prehistórico en época holocénica en regiones de cuantiosos recursos forestales como Asturias fue ya valorada para dar sentido a la sobriedad, en forma y tamaño, del instrumental epipaleolítico en piedra, contrastando con la notoriedad que el mismo había adquirido en las previas culturas magdalenienses. La acusada diferencia observada en el ciclo aziliense del ámbito astur-cantabro (Fernández-Tresguerres 1988: 183) se percibe igualmente en las posteriores culturas mesolíticas.

Pero, volviendo a los ajuares mortuorios, los recipientes vegetales no son insólitos si recordamos los cestillos neolíticos, de esparto, de la cueva granadina de Los Murciélagos (Cacho *et al.* 1996). Más modernos, pero no menos ilustrativos, son los hallazgos de la Cueva Sagrada de Lorca, en Murcia: desde madera, lino y esparto a semillas de *Lithospermun officinale,* empleadas estas últimas como cuentas de collar (Ayala Juan 1987; Rivera Núñez y Obón de Castro 1987; Alfaro 1992). De fecha aún posterior, 1100-800 a.de J.C., es el testimonio extraordinario de una gruta funeraria menorquina, Cova des Càrrix, en la que un variado grupo de recipientes de madera incluía algunos de cuerpo cilíndrico que guardaban mechones de cabellos humanos, hallazgo que revela una insospechada práctica funeraria (Lull *et al.* 1999: 45-55).

Vienen, además, a situarnos estos casos ante las estrechas relaciones entre la producción alfarera y la cestería, en lo que ya había insistido Leroi Gourhan vinculando la técnica mimbrera en espiral con la alfarera del urdido (*au colombin*), operativas ambas soluciones artesanales, y no por azar, en un mismo ámbito geográfico (Leroi Gourhan 1971: 216 y 276). En un tal orden de dependencia se apunta a la primera cerámica del Mediterraneo occidental: los vasos cardiales con sus volúmenes simples,

acaso inspirados en bolsas de cuero (Guilaine 1994: 21-22); también es señalada la influencia que los recipientes de madera y de piel habrían tenido en la génesis de la alfarería de la *Battle axe culture* del Neolítico Medio escandinavo, con expresivos ejemplos propuestos por Nielsen en 1983 (Stenköld 2002: 26-28).

Traemos a colación todas estas consideraciones para recordar la ausencia en el registro arqueológico de materiales variados tan habituales como corruptibles. Obviamente, de los cestos y vasos de madera o cuero apenas perduran vestigios. Tal vez, como ya señalaran otros para explicar la naturaleza del registro arqueológico en los yacimientos vascos (Aranzadi *et al.* 1931: 69), y nosotros venimos considerando desde hace tiempo, sea esa la causa de la extrema rareza de los vasos de barro en los megalitos de Asturias, región rica en madera y pieles (de Blas Cortina 1995 b). Además, influyen en la preponderancia de un tipo u otro de tradición material las pautas culturales de cada sociedad implicada. En la *Early Bronze Age* británica tuvieron un amplio uso los contenedores en materiales perecederos, mientras que la cerámica era apenas requerida, a no ser en ciertas ceremonias como la bebida ritualizada o la quema de sustancias aromáticas (Allen y Hopkins 2000). Por el contrario, la normalidad de la cestería se induce del hecho de que se crearan joyas en forma de pequeños canastos, orfebrería constatada tanto en Inglaterra como en varias regiones continentales (Taylor 1980: 313). Algunos hallazgos singulares acreditan la cestería en ambientes sepulcrales neolíticos (de nuevo la señalada Cueva de los Murciélagos) como parte del ajuar; el probable carcaj del hipogeo de Mournouards, tejido en juncos de pantano, concreta el infrecuente testimonio de algo que hubo de ser muy habitual (Leroi-Gorhan *et al.* 1962: 97-98).

Las ofrendas corruptibles debieron de ser, en definitiva, totalmente compatibles con el esfuerzo que requiere la edificación de túmulos que, antes de saqueos y erosiones, ofrecerían una estampa de monumentalidad bastante más acentuada que la que hoy manifiestan tras su milenaria degradación.

Algunas notas más sobre el hecho arqueológico en causa

La casi contigüidad de Deva V con Deva III, este último de incuestionable filiación megalítica (tanto en la acepción cultural como en la arquitectónica),

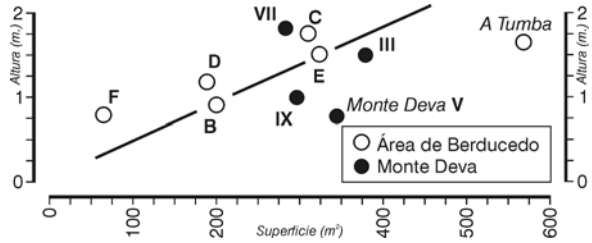


Fig. 9. Correspondencia dimensional de Monte Deva V y "A Tumba" de Berducedo en sus respectivos conjuntos tumulares. Dibujo: M. A.. de Blas.

acrecienta la distancia entre ambos modelos monumentales, con independencia de que respondan a una misma cronología o a tiempos distintos. Esta última opción nos situaría ante cambios, no menores, en la práctica funeraria: acaso el contraste entre colectivismo sepulcral y el túmulo con tumba o tumbas claramente individualizadas; también ante ciertas modificaciones en la estructura social, al menos cargando el acento en la exaltación *post mortem* de individuos dotados de ciertas prerrogativas. La ubicación de ambas arquitecturas, inmediatas y en la misma eminencia topográfica, habla de la importancia del enclave y la vigencia de su multisecular poder.

El megalito de cámara seudohipogéica Monte Deva III ocupa la máxima cota, pero Monte Deva V, aunque más discreto en altura y volumen, no renuncia a la notabilidad: bien perfilada su masa constructiva, busca una clara ligazón con la tumba megalítica y, en consecuencia, con el ancestral prestigio de la misma.

"*A Tumba*" de Berducedo tampoco pretendía pasar inadvertida, reproduciendo las pautas de notabilidad topográfica y visual, en suma espaciales, seguidas por los constructores de los dólmenes; también la importancia otorgada a la entidad arquitectónica (Fig. 9).

Es pues probable que, una vez más, la conformación del territorio funerario se produjera con la adición monumental a lo largo de los siglos, de modo que llegaran a reunirse tipos sepulcrales diversos en un mismo lugar o en otros contiguos; arquitecturas no domésticas adscribibles, al menos en parte, a circunstancias culturales distintas: acaso desde el dominio, incluso en la muerte, de las elites y linajes megalíticos hasta la aparición de minorías aventajadas en un neolítico epigónico en el que los metales empiezan a jugar, en la doble vertiente material y simbólica, una creciente estima y consumo.

En "*A Tumba*" y Deva V, en los que su materialidad habla de gasto energético y empeño laboral, bien se pudiera satisfacer la buscada exhibición del prestigio del enterrado (o de los pocos inhumados), y de sus especiales prerrogativas ante el común de sus contemporáneos. Es pues atendible en semejante contexto que los posibles ajuares putrescentes gozaran de un valor que despreciaba su naturaleza contingente (qué decir de nuestro hábito funerario de la ofrenda floral, pese a su carácter efímero) (2).

Pero la discusión cronológica de Monte Deva V nos sitúa, atendiendo a la hipótesis de su filiación metalúrgica, ante el panorama, tan en parte incierto como multiforme, del universo funerario postmegalítico. Empezaban, por entonces, a menudear en el NO las tumbas cistoides, de inhumación individual, conteniendo ofrendas de valor como joyas de oro, armas de cobre o, más modestamente, vasos de barro. En la propia Asturias central, algún túmulo con pequeña cámara pétrea testimonia su contemporaneidad con la metalurgia alboral o ya desarrollada; tumbas, al cabo, que procuran la proximidad, sin duda benéfica y legitimadora, de los viejos megalitos (de Blas Cortina 1983: 105-107; 1994).

En paralelo con las tumbas dotadas de ajuares "ricos", se reconocen también túmulos e incluso cistas carentes de ofrendas. Es ese un fenómeno que va tomando progresivo cuerpo en el registro sepulcral del noroccidente ibérico durante el Bronce Antiguo (Fábregas y Vilaseco 1998: 200). Entre el Cobre y fines de la Edad del Bronce no es poca ya la variedad sepulcral que hoy se atisba: desde las pequeñas cistas sin túmulo, hasta las fosas abiertas en el suelo, o los túmulos de raigambre formal megalítica y la reutilizacíon de dolmenes, entre otras manifestaciones. Todavía durante el Bronce Pleno y Final la realidad de los túmulos de diseño variado se impone, como ya señalábamos tras la sugerente experiencia de Piedrafita, en la cuenca media del río Nalón (de Blas 1985), circunstancia que se refuerza con las excavaciones de túmulos de diferentes proporciones, sin estructuras internas claras, también sin ajuares, pero con una búsqueda de posiciones topográficas destacadas, situación bien establecida en la Beira portuguesa. Las dataciones radiocarbónicas vienen a señalarles a tales túmulos esa correspondencia con las centurias de continuidad entre el Bronce Antiguo/Pleno o, ya francamente, con el Bronce final (Da Cruz y Vilaça 1999; da Cruz *et al.* 2000).

Contradice tal panorama el "mito de la ausencia sepulcral" durante Bronce medio y final del NO peninsular para ofrecernos un cuadro de situación mucho más complejo (Bettencourt 1997: 629); incluso, agrandando el enfoque, no estaría demás tener presente la multiplicidad de las fórmulas estructurales de los túmulos neolíticos, bien separables en proyecto constructivo, y en inteligibilidad, de los megalitos clásicos. De aquellos no dejamos de ocuparnos en reiteradas ocasiones, describiendo algunos de singularidad notable y razonando tanto su significado como sus vínculos o situaciones de colateralidad con respecto al megalitismo más convencional (de Blas 1983; 1995 a, 1999 a y b).

En definitiva, cabe un flujo de expresiones varias de la conmemoración de la muerte a través de la tumba bajo túmulo que ya comienza a manifestarse a fines del V milenio a. de J.C.: todo un universo poliédrico en el que se conjugan la localización en el espacio, a veces con matices de escala meramente local, microtopográfica, las modalidades arquitectónicas y la distinta morfología del procedimiento ritual. No podríamos por tanto compartir la conclusión, si bien ingeniosa, ante hechos tan desconcertantes de que acaso "la norma pudo ser, precisamente, la falta de norma fija de enterramiento " (Fabian 1995: 131). Debiéramos, al contrario, partir de la certeza de que las prácticas sepulcrales son a menudo un eje vertebrador de las relaciones sociales y que difícilmente se prestan al proceder arbitrario. Incluso la exposición o abandono de los cadáveres, consumidos por aves y carroñeros –algo que hallamos en culturas tan diversas como separadas en el tiempo y en el espacio: Torres del silencio iraníes, entrega a los cuervos en los *kwakiutl* canadienses, o a las alimañas del bosque en los *masai* de Kenia-Tanzania (Guiart s/f.: 69; Barley 2000: 176; Thomas 1989: 305-307)–, concreta una modalidad fúnebre con intenciones precisas, respaldadas por un pensamiento elaborado. Además, las referencias movilizables no tienen por qué ser obligadamente exóticas: entre los celtíberos, según Silio Itálico (*Púnica* III, 341-343) o, con más precisión, en los vacceos, siguiendo esta vez a Claudio

(2) Costumbre que goza de una remota antigüedad, anterior a la civilización romana y claramente presente en ésta. Asunto de naturaleza religiosa y después funeraria, cuenta con un extenso reflejo testimonial desde las coronas de laurel ciñendo las cabezas de los muertos, hasta el cuidado de los jardines que ornan los sepulcros, o a la preocupación de algún personaje por que siempre, el día de su aniversario, hubiera flores sobre su tumba, tal como reza un epígrafe ligur (Prieur 1986: 39 y 161-163). También el consumo de velas de cera es un gasto funerario que no deja recuerdos. Un buen ejemplo de su cuantioso empleo se ofrece en los ritos funerarios vascos vigentes hace sólo algunas décadas (VV.AA. 1995: 455-471).

Eliano (*De nat. Animalium* 10, 22), se entregaban a los buitres, aves sagradas y conductoras al ámbito celeste, los cadáveres de los que perdían la vida en la guerra.

Cada vez es más evidente que la diversidad funeraria nace con la propia riqueza de las opciones culturales: la muerte siempre forma parte de una concepción general de la vida (Barley 2000: 14). Ante la variedad de prácticas la oposición riqueza-pobreza es claramente subjetiva, por lo que la falta de ofrendas perennes acaso deba de plantearse no como la imposibilidad de disponer de las mismas, sino como una actitud formal, reglada, que las considera prescindibles. Desde luego, sería un exceso imaginar que hasta la mentira pudiera jugar su papel en la oblación mortuoria: el engaño tras la promesa a los muertos de bienes que finalmente no se les entregan; una opción más entre tantos procederes en el universo funerario, ocasionalmente documentada con un refrescante desenfado (Barley 2000: 99-100).

Algo de todo lo expuesto tiene que acontecer en nuestros túmulos, en los que lo más difícil, la propia arquitectura, se había conseguido: ¿cómo aceptar la imposibilidad de la entrega a los muertos de un viático sumario: algún sílex, cualquier hoja de hacha de cuarcita, roca, esta última, tan abundante en los pedreros de los ríos y playas de Asturias? Es inevitable, al final de este trayecto, reconocer la justeza del ponderado escepticismo de Leroi Gourhan (1994: 14) quien veía a la Prehistoria como una especie de "gigante con la cabeza de barro, tanto más frágil cuanto se asciende del suelo hacia el cerebro".

Gratiarum nota: Pude contar en el tratamiento infográfico de las ilustraciones con la siempre desinteresada colaboración de José Luis Seoane, del Dpto. de Geografía de la Universidad de Oviedo, y de Otilia Requejo Pagés, de "Gabinete arqueológico S. A.".

BIBLIOGRAFÍA

ALFARO, C. 1992: " Two Copper Age tunics from Lorca, Murcia (Spain)". En Tidens Taud,S.; Bender Jÿrgensen and Munksgaard (eds.), *Archaeological Textiles in Northern Europe.* Copenhague: 20-30.

ALLEN, C. Y HOPKINS, D. 2000: "Bronze Age accesory cups from Lincolnshire". *Proceedings of the Prehistoric Society* 66: 297.-317

ANDRÉS RUPÉREZ, Mª. T. 1998: *Colectivismo funerario. Aproximación metodológica sobre datos de la cuenca alta y media del Ebro.* Institución "Fernando el Católico". Zaragoza. Excma. Diputación de Zaragoza.

ARMENDARIZ, A. y ETXEBARRIA, F. 1983: "Las cuevas sepulcrales de la Edad del Bronce en Guipúzcoa". *Munibe* 35 (3-4): 247-354.

AYALA JUAN , Mª. M. 1987: "Enterramientos calcolíticos de la Sierra de la Tercia. Lorca. Murcia. Estudio preliminar". *Anales de Prehistoria y Arqueología* 3 : 9-24.

BARANDIARAN, I. 1978: "La Atalayuela: fosa de inhumación colectiva del Eneolítico en el Ebro Medio". *Príncipe de Viana* 152-153: 381-422.

ARANZADI, T. de; BARANDIARAN, J. M. y EGUREN, E. de 1931: *Exploraciones en la Caverna de Santimamiñe (Basondo: Cortézubi). 2ª memoria. Los niveles con cerámica y el conchero.* Bilbao. Imprenta de la Excma. Diputación de Vizcaya.

BARLEY, N. 2000: *Bailando sobre la tumba. Encuentros con la muerte.* Barcelona. Editorial Anagrama.

BETTENCOURT, A. M. S. 1997: "Expressoes funerárias da Idade do Bronze no Noroeste peninsular "O problema é sempre o de dar o trabalho por terminado, com o pensamento de nunca acabar coisa alguna.». *II Congreso de Arqueología Peninsular.* T. II. (R. Balbin y P. Bueno, eds.). Zamora: 621-632.

BLAS CORTINA, M. A. de 1983: *La Prehistoria reciente en Asturias.* Fundación Pública de Cuevas y Yacimientos Prehistóricos de Asturias. Oviedo. Principado de Asturias. Consejería de Educación y Cultura.

– 1985: "Piedrafita V. Nuevos aspectos sobre el polimorfismo de las arquitecturas funerarias prehistóricas en el N-NO de la Peninsula Ibérica". *Arqueología* 12: 129-136.

– 1987: "La ocupación megalítica en el borde costero cantábrico: el caso particular del sector asturiano". *El megalitismo en la península ibérica.* Madrid. Ministerio de Cultura: 127-141.

– 1991-1992: "Nuevos testimonios metalúrgicos de la Edad del Bronce en el centro-occidente de la Región Cantábrica". *Veleia* 8-9: 109-137.

– 1992: "Arquitecturas megalíticas en la Llaguna de Niévares (Villaviciosa). Excavaciones de 1988 a 1990". *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1987-90.* Oviedo. Principado de Asturias. Consejería de Educación, Cultura, Deportes y Juventud: 113-128.

– 1994: "El anillo áureo de tiras de la Mata´l Casare I y su localización megalítica". *Madrider Mitteilungen* 35: 107-122.

– 1995 a: "Destino y tiempo de los túmulos de estructura "atípica": los monumentos A y D de la estación megalítica de la Llaguna de Niévares (Asturias)". *Primeros agricultores y ganaderos en el cantábrico y alto Ebro. Karrantza 1993.* Cuadernos de Sección. Prehistoria - Arqueología 6: 55-79.

– 1995 b: "Vasos de madera y vasos cerámicos: un pro-

bable origen romano de ciertas formas en las vajillas de madera de la tornería tradicional". *BSAA* LXI: 173-183.
– 1999 a: "Nuevas formas tumulares neolíticas en el Monte Areo. Excavaciones de 1995 a 1997". *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1995-1998.* Oviedo. Consejería de Cultura del Principado de Asturias: 101-110.
– 1999 b: *El Monte Areo, en Carreño (Asturias): Un territorio funerario de los milenios V a III a.. de J.C.* Ayuntamiento de Carreño/Mancomunidad Cabo Peñas.
– 1999 c: "Análisis e interpretación de una arquitectura prehistórica: el dolmen C de la Llaguna de Niévares, en Villaviciosa, Asturias". *De Oriente a Occidente. Homenaje al Dr. Emilio Olávarri.* Bibliotheca Salamanticensis. Estudios 205. Universidad Pontificia de Salamanca: 161-184.
– 2000: "La neolitización del litoral cantábrico en su expresión más consolidada: la presencia de los primeros túmulos". *Neolitizaçao e Megalitismo da Península Ibérica. Actas do 3º. Congresso de Arqueología Peninsular.* Vol. III. Porto, ADECAP: 215-239.

BLAS CORTINA, M. A. de; REQUEJO PAGÉS, O. y ARCA MIGUÉLEZ, C. *e. p.* "Excavaciones en los túmulos de Monte Deva (Gijón), 1998-2002". *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1998-2002.* Oviedo. Principado de Asturias. Consejería de Cultura.

BOSCH, A.; CHINCHILLA, J. y TARRÚS. 1999: "La Draga, un poblado del Neolítico Antiguo en el lago de Banyoles /Girona, Catalunya)". *Actes del II Congrés del Neolitic a la Península Ibérica* (J. Bernabeu y T. Orozco, eds.) *Sagvntvm PLAV. Extra-2.* Universitat de Valencia: 315-321.

BOSKSBERGER, O.J. 1976: *Le site préhistorique du Petit-Chasseur (Sion, Valais) 1. Le Dolmen MVI.* Cahiers d'Archéologie Romande, 6. Lausanne.

BRADLEY, R. 1984: *The social foundations of prehistoric Britain.* London. Logman.

CACHO QUESADA, C.; PAPI RODES, C.; SÁNCHEZ-BARRIGA, A. y ALONSO MATTHÍAS, F. 1996: "La cestería decorada de la Cueva de los Murciélagos (Albuñol, Granada)". *Homenaje al profesor Fernández-Miranda, I. Complutum Extra, 6(I).* Universidad Complutense de Madrid: 105-122.

CAPASSO, L.; LA VERGHETTA, M. y D'ANASTASIO, R. 1999: "L' Homme du Similaun: une synthése anthropologique et palethnologique". *L'Anthropologie* 103 (3): 447-470.

CASADO, D. 1971: *Introducción a la sociología de la pobreza.* Madrid. Fundación Foessa.

CLARK, J. G. D. 1975: *The Earlier Stone Age Settlement of Scandinavia.* Cambridge University Press.

CRUZ, J. D. da 1992: *A Mamoa 1 de Cha de Carvalhal (Serra da Aboboreira).* Universidade e Coimbra. Faculta-de de Letras. Instituto de Arqueología.

CRUZ, J. D. da y VILAÇA, R. 1999: "O grupo de *tumuli* da "Senhora da Ouvida" (Monteiras/Moura Morta, Castro Daire, Viseu). Resultados dos trabalhos arqueológicos". *Estudos Pré-Históricos* 7: 129-161.

CRUZ, J. D. da; VILAÇA R.; SANTOS, A. T. y MARQUES, J. 2000: "O grupo de *tumuli* do Pousadao (Vila Nova de Paiva, Viseu)". *Estudos Pré-Históricos* 8: 125-150.

DELIBES, G. y SANTONJA, M. 1986: *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca.* Ediciones de la Diputación de Salamanca.

EARLE, T. K. 1991: "Property righs and the evolution of chiefdoms". *Chiefdoms: power, economy and ideology* (T.K. Earle, ed.). Cambridge. Cambridge University Press: 71-99.

FABIÁN GARCÍA, J. F. 1995: *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta norte.* Ediciones Universidad de Salamanca.

FÁBREGAS, R. y VILASECO, X. I. 1998: "Prácticas funerarias no Bronce do Noroeste". *A Idade do Bronce no Noroeste: Novas perspectivas* (Ed. de R. Fábregas). Cadernos do Seminario de Sargadelos 77: 191-219.

FERNÁNDEZ-TRESGUERRES VELASCO, J. 1988: *El aziliense en las provincias de Asturias y Santander.* Centro de Investigación y Museo de Altamira. Monografías 2. Ministerio de Cultura. Santander.

FLEMING, A. 1973: "Tombs for the livings". *Man* VIII: 177-193.

GALLAY, A. 1986-1987: "Analyse de la necropole néolithique du Petit-Chasseur (Valais-Suisse). Vers un bilan méthodologique". *Antrhopologie physique et Archéologie. Méthode d'Étude des Sépultures* (H. Duday et C. Masset, dirs.). Paris. Editions du CNRS: 19-45.

GARCÍA FERNÁNDEZ, J. 1975: *La organización del espacio y economía rural de la España atlántica.* Madrid. Siglo XXI editores.
– 1980: *Sociedad y organización tradicional del espacio en Asturias.* Gijón. Silverio Cañada, ed.

GODELIER, M. 1974: *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas.* Madrid. Siglo XXI de España de Editores S. A.
1976: *Antropología y economía.* Barcelona. Editorial Anagrama.
1990: *Lo ideal y lo material. Pensamiento, economías, sociedades.* Madrid. Taurus Humanidades.

GONZÁLEZ, J. M. 1973: "Recuento de los túmulos sepulcrales megalíticos de Asturias". *Archivum* XXIII. Universidad de Oviedo (*separ.*): 7-42.

GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y MENÉNDEZ, M. 1999: "Presentación". En *De Oriente a Occidente. Homenaje al Dr. Emilio Olávarri.* Bibliotheca Salmanticensis. Estudios 205. Universidad Pontificia de Salamanca: 11-13.

GIDDENS, A. 1991: *Sociología.* Madrid. Alianza editorial.

GLUCKMAN, M.1978: *Política, derecho y ritual en la sociedad tribal.* Madrid. Akal editor.

GUIART, J. (dir.) s/f.: *Rites de la mort. Exposition du La-*

boratoire d' Ethnologie du Muséum d'Histoire Naturelle. (Catálogo). París.

GUIDONI, E. 1980: *Architecture primitive.* París. Berger-Levrault.

GUILAINE, J. 1994: *La mer partagée. La Méditerranée avant l' écriture 7000-2000 avant Jésus-Christ.* Hachette.

HERSKOVITS, M. J. 1954: *Antropología económica.* Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires.

HOLDER, T. I. 1961: *Alt-Keltischer Sprachschatz.* Graz.

IBÁÑEZ, J.J.; EMILIO, J.; ZAPATA, L.; de la RÚA, C. y COURTY, M.A. 1999: "La inhumación de Kobaederra en el contexto de los enterramientos neolíticos del País Vasco". *II Congrés del Neolític a la Península Ibérica. SAGVNTVM-PLAV, EXTRA-2*: 447-452.

IBÁÑEZ ESTÉVEZ, J. J.; GONZÁLEZ URQUIJO, J. E.; PEÑA-CHOCARRO, L.; ZAPATA, L. y BUGNIER, V. 2001: "Harvesting without sickles. Neolithic examples from humid mountains areas". *Ethno-Archaeology and its Transfers.* BAR International Series 983: 23-36.

LANDES, D. S. 1999: *La riqueza y pobreza de las naciones.* Barcelona. Crítica.

LECLERC, J. y MASSET, C. 1980: "Construction, remaniements et condamnation d'une sépulture colective néolithique: La Chaussée-Tirancourt (Somme)". *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 77(2): 57-64.

LEROI GOURHAN, A. 1971: *L' homme et la matière.* Éditions Albin Michel.

– 1973: *Milieu et techniques.*Paris. Éditions Albin Michel.

– 1994: *Las religiones de la Prehistoria*. Barcelona, Editorial Laertes.

LEROI-GOURHAN, A.; BAILLOUD, G. y BRÉZILLON, M. 1962: "L'Hipogée II des Mournouards (Mesnil-sur-Oger, Marne)». *Gallia-Préhistoire* V(1): 21-133.

LULL, V.; MICÓ, R.; RIHUETE, C. y RISCH, R. 1999: *Rituales de vida y muerte en la prehistoria de Menorca. La Cova des Càrritx*. Consell Insular de Menorca-Govern Balear-Universitat Autómoma de Barcelona.

MALUQUER, J. de 1964: *Notas sobre la cultura megalítica navarra.* Universidad de Barcelona. Instituto de Prehistoria y Arqueología. Publicaciones eventuales 7.

MASSET, C. 1993: *Les dolmens. Sociétés néolithiques et pratiques funéraires.* Paris. Editions Errance.

MILES, Ch. 1986: *Indian & Eskimo Artifacts of North America.* American Legacy Press. New York.

PEARSON, H. W. 1976: "La economía sin excedente: crítica de una teoría del desarrollo". *Comercio y mercado en los imperios antiguos* (dirigido por K. Polanyi, M. Arensberg y H.W. Pearson). Barcelona. Labor Universitaria. Monografías: 378-387.

PETREQUIN, A. M y PETREQUIN, P. 1988: *Le néolithique des lacs. Préhistoire des lacs de Chalain et de Clairvaux (4000-2000 av. J-C).* Paris. Ed. Errance.

POUNDS, N. J.G. 1992: *La vida cotidiana: Historia de la cultura material.* Barcelona, Editorial Crítica.

PRIEUR, J. 1986: *La mort dans l'antiquité romaine*. Ouest France-Université.

QUIRÓS LINARES, F. 1991: *Las ciudades españolas en el siglo XIX.* Ámbito. Valladolid.

RIVERA NÚÑEZ, D. y OBÓN DE CASTRO, C. 1987: "Informe sobre los restos vegetales procedentes del enterramiento calcolítico de la Cueva Sagrada (comarca de Lorca, Murcia)". *Anales de Prehistoria y Arqueología.* 3: 31-37.

SAHLINS, M. D. 1974: *Economía de la Edad de Piedra.* Madrid. Akal editor.

– 1977: *Las sociedades tribales.* Barcelona. Labor.

SOLER DÍAZ, J.A. 1991: "La industria lítica del dolmen de La Veguilla (Salamanca)". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* LVII: 9-52.

SPUFFORD, P. 1991: *Dinero y moneda en la Europa medieval*. Barcelona. Ed. Crítica.

STENSKÖLD, E. 2002: "The Late Neolithic- masked Stone Age or Bronze in disguise? An analysis of flint and metal artefacts varying contexts during the Neolitic in Southern Scandinavia ". En A. Giumlia-Mair (ed.),: *I bronzi antichi: Produzione e tecnologia. Atti del XV Congresso Internazionale sui Bronzi Antichi.. Monographies instrumentum* 21. Montignac. Ed. Monique Mergoil: 21-30.

TAYLOR, J. J. 1980: *Bronze Age Goldwork.* Cambridge University Press.

THOMAS, L. V. 1989: *El cadáver. De la biología a la antropología.* Mexico. Fondo de Cultura Económica.

VALDÉS, R. 1977: *Las artes de subsistencia.* Adara editorial. La Coruña

VV. AA. 1995: *Ritos funerarios en Vasconia.* Atlas Etnográfico de Vasconia. Bilbao. Eusko Saurlaritza-Etniker Euskalerria-Gobierno de Navarra.

VERNANT, J. P. 1982: "Introduction". *La mort, les morts dans les sociétés anciennes* (sous la direction de G. Gnoli et J.-P. Vernant). Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de l'Homme: 5-15.